De las vacas locas y otras pestes del irracional progreso

No tiene por qué extrañarnos. Puestos a pensar era previsible, que tarde o temprano, las vacas locas acabaran capitalizando la punta del iceberg de lo que es y será en este siglo el principal problema que tiene planteado la humanidad: la contaminación ambiental. El actual y perverso modelo de producción y consumo en que se basa nuestro desarrollo económico de la explotación de todo lo explotable y cuya finalidad no es otra que el beneficio y la rentabilidad, como si éstas por si solas fueran el paradigma de la economía, -¡cuando nos daremos cuenta de que el dinero no se come!- genera efectos colaterales que a veces, lástima, se vuelven esenciales. De repente descubrimos, o tomamos conciencia, de que el aire que respiramos, el agua que bebemos y los alimentos que ingerimos están tan directamente relacionados con nuestra salud como ellos lo están con el medio ambiente del que son expresión. Es más, con un poco de perspicacia podemos presagiar los problemas de las próximas décadas sin por ello ejercer de profetas: observaremos cómo los casquetes polares se disuelven como azucarillos, -¡y mira que nos lo habían advertido!- cómo la capa de ozono acabará cubriendo el manto de la Tierra, como nuestros ríos desconocerán lo que fue su lecho de milenios, cómo el desierto meterá sus arenas en nuestras casas, cómo la contaminación atmosférica se hará insoportable en algunas ciudades, y cómo los PCB´s, las dioxinas, los metales pesados, los residuos de plaguicidas, etc, formarán parte de nuestra dieta, alimenticia y psicológica, como ahora la forma el filete real o virtual de la vaca loca.

Pero existen *ALTERNATIVAS* a esta locura organizada en el gran supermercado de la economía global. Aunque sólo sea por razones económicas, que es donde parece que más le duele y mejor entiende la actual cultura, porque estas crisis, al final, nos salen muy caras a todos. A los que producen y a los que consumen. A los que dirigen y a los dirigidos. Y habrá que empezar por replantearse el actual sistema de producción intensiva agrícola y ganadero, por valorar esencialmente los alimentos que nos mantienen vivos y sanos y a los que apenas damos importancia, (en las sociedades industrializadas las facturas de la hipoteca, comunicación, transporte, ocio, etc., son superiores a la de la cesta de la compra), o por retornar a aquellos hábitos culinarios de nuestro ecosistema, el *MEDITERRÁNEO*, que ha dado origen a una dieta, basada esencialmente en la frugalidad y variedad, y que hacían de la carne la gozosa excepción y no la glotona cotidianidad. Incluso podemos descubrir que se puede vivir, y muy bien, sin el consumo diario de filetes, chuletas y chuletones. Habrá que empezar a pensar en clave de sostenibilidad si queremos garantizar que nuestro futuro no sea robado por las costosas facturas y fracturas ambientales, sanitarias, sociales y económicas. Y sostenibilidad en producción de alimentos tiene nombre propio: *agricultura y ganadería ECOLÓGICA*, la que quieren reimplantar los daneses en su totalidad, y por la que apuestan decididamente, aunque sea ahora, los alemanes. Tengo la impresión de que nosotros tendremos que esperar alguna crisis más para empezar a considerar esta posibilidad.

■ *Javier Santamarta Álvarez* ■

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ciudades saludables. #7, 1/12/2001.